

SEGUNDO EJERCICIO “Historia de mis pecados”

En el 1^{er} ejercicio S. Ignacio nos preparó para reconocer nuestros pecados a través de la **vergüenza de mí mismo**. En este segundo el problema es cómo vivir mi experiencia de pecador.

Para entenderlo mejor veamos dos pecados que aparecen en el Evangelio: el de Judas y el de Pedro. Para uno, el pecado fue su destrucción; para el otro su verdad y recuperación

Judas: culpabilidad que lo desespera		Pedro: arrepentimiento que lo recupera	
Juan 12, 1-10	Judas era ladrón	Mateo 26, 30-35	Pedro se siente seguro
Mateo 26, 14-16	Judas vende a Jesús por 30 monedas	Mateo 26, 69-75	Pedro niega que conoce a Jesús
Mateo 26, 47-50	Judas entrega a Jesús con un beso	Juan 21, 1-21	Encuentro con Jesús y sus hermanos
Mateo 27, 1-10	Judas se culpabiliza y se ahorca		

PRIMERA SEMANA

**SEGUNDO EJERCICIO:
Historia de mis pecados**

El problema está en cómo vive cada uno sus fallos. Judas llegó a arrepentirse y devuelve el dinero, pero, desesperado, se ahorca. Esto es lo que se llama culpabilidad: reconozco mi fallo que no lo acepto, y me rechazo a mí mismo: siento “necesidad de ser castigado”. Como a Judas no lo castigan los escribas y fariseos cuando les cuenta su traición, se ahorca. Por tanto, esta manera de reconocer nuestros pecados es muy peligrosa. Uno vive el fallo desde su yo y siente asco y desprecio de sí mismo. Por eso Judas no volvió con sus compañeros. Le daba vergüenza (“el qué dirán”)¹. En la culpabilidad sólo me preocupa que yo he quedado mal, no el daño que he hecho.

En Pedro, sin embargo, su fallo le llevó a su recuperación: se encontró con su verdad (que no era lo que él se creía); se encontró con sus hermanos (el día de la resurrección está con ellos habiéndoles confesado sus negaciones); y se encontró, sobre todo, perdonado por Jesús. Por eso no se hunde sino aprende de su fallo a sentirse débil y hermano de los demás (no “el mejor”), y cambia. Pedro no vivió el fallo desde su yo: lo que le dolía era la situación de Jesús. Por eso no le importa “qué dirán” sus compañeros y se lo cuenta todo.

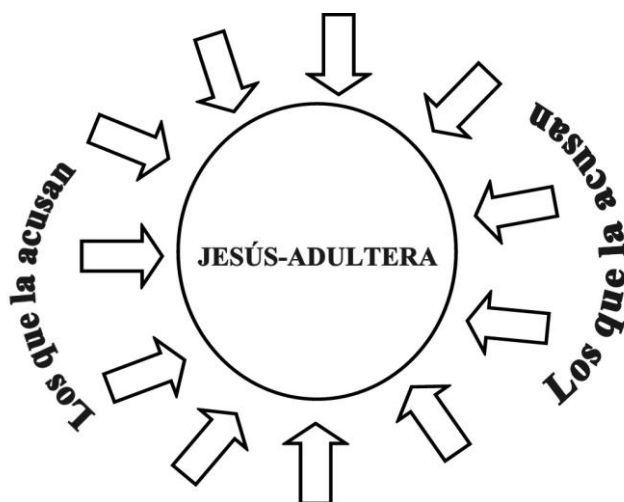
Es decir, la culpabilidad no cambia sino destruye; el reconocer el propio pecado sintiendo el mal que se ha hecho (no lo mal que he quedado) lleva a aceptar el perdón y quiere recuperarse y cambiar.

Esto podemos verlo más claramente en lo que nos cuenta el Evangelio de la mujer adúltera que llevan a Jesús para apedrearla, según la ley de los judíos.

Juan 8, 1-11

Hay que fijarse bien en lo que pasó. Los que llevan a la mujer se sienten seguros de que ellos no son “adúlteros”, y por eso pueden “acusarla”. Entre ellos y la mujer, junto con Jesús, hay una barrera de seguridad que podemos pintar así:

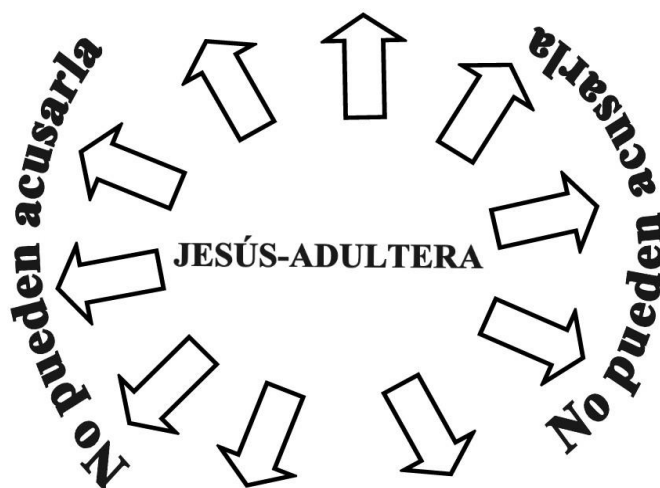
¹ Recordar lo dicho en las páginas 166-167 de 1ª Semana.



Pero Jesús, con la pregunta que les hace les abre los ojos y tienen <vergüenza de sí mismos>: aunque no sean adúlteros, son otras cosas y no pueden tirar ninguna piedra. ¿Qué ha pasado? La barrera de seguridad ha desaparecido, son como ella. (Lo mismo que veíamos en David = el pecado del otro le llevó a descubrir el suyo).

Lo malo fue la reacción de los fariseos: en vez de quedarse allí y confesar (reconocer) sus fallos e intentar recuperarse con la adúltera, se van. Han sentido **vergüenza de sí mismos**, pero tienen más vergüenza aún del qué dirán, de quedar mal ante los demás y se quitan de en medio. Así no cambian.

Lo contrario de Pedro = su **vergüenza de sí mismo** le lleva a reconocer su verdad y confesarla ante sus compañeros. Solo así va a poder recuperarse.



Esto es lo que buscamos en este **segundo ejercicio**: que la **vergüenza de mí mismo** (Primer ejercicio) no me deje encerrado en mi fracaso, sino que me duela el daño que he hecho, lo reconozca ante los demás y quiera cambiar (no que me castiguen)

Ahora podemos entender este 2º ejercicio: ¿cómo vivimos nuestros fallos?

PRIMERA SEMANA

SEGUNDO EJERCICIO:
Historia de mis pecados

[55] Segundo ejercicio es meditación de los pecados, y contiene en sí después de la oración preparatoria y dos preámbulos, cinco puntos y un coloquio.

2º Ejercicio: mi propia historia

Oración. Oración preparatoria sea la misma

Preparación: la misma.

1º preámbulo. El primer preámbulo será la misma composición.

Ambientación la misma.

La oración preparatoria y la composición de lugar son las mismas que en el ejercicio anterior²

Petición:

2ª preámbulo. El segundo es demandar lo que quiero; será aquí pedir crecido y intenso dolor y lágrimas de mis pecados.

Intención: sentir el absurdo dentro de mi propia vida.

No está en mi mano, por eso tengo que pedirlo.

Después de lo que vimos sobre el pecado de Pedro y Judas y de los fariseos con la adúltera, podemos entender esta petición.

- **Pedir crecido e intenso dolor y lágrimas de mis pecados:** que experimente un dolor grande y fuerte, hasta sentir ganas de llorar de **pena** por “mis pecados” (el daño que he hecho), no por lo mal que he quedado. Entonces lloraría de **rabia**.

Primer punto: Historia de mis pecados

[56] 1º punto. El primer punto es el proceso de los pecados; es a saber, traer a la memoria todos los pecados de la vida, mirando de año en año o de tiempo en tiempo; para lo cual aprovechan tres cosas: la primera, mirar el lugar y la casa adonde he habitado; la segunda, la conversación que he tenido con otros; la tercera, el oficio en que he vivido.

1º Recordar como en hilera mis más profundos fracasos interiores, recorriendo mi vida por etapas. Ayudará para ello ver los sitios en que he vivido, el trato que con otros he tenido y las ocupaciones a que me he dedicado.

Pero el pecado era algo real, algo que cuando lo veíamos en los demás decíamos que “debería darle vergüenza” (primer ejercicio). Es decir, para descubrir mi pecado S. Ignacio quiere que miremos, no a nuestro “corazón”, sino

² Ver páginas 163-166 de 1ª semana.

- **mirar el lugar y la casa donde he habitado:** esos “lugares” pueden hacerme recordar cosas que me hayan ocurrido y no supe reaccionar bien, o cosas que yo haya hecho mal, etc.
- **la conversación que he tenido con otros:** si he sabido tratarlos humanamente, o con odio, o desprecio, o agresividad, sin respeto, dominando o siendo dominado perdiendo mi libertad, etc.
- **el oficio en que he vivido:** cómo he cumplido con mi trabajo y responsabilidad.

2º Punto: caer en la cuenta de lo feo y lo malo del pecado.

[57] 2º punto. El segundo: ponderar los pecados mirando la fealdad y la malicia que cada pecado mortal cometido tiene en sí, dado que no fuese vedado.

2º sopesar esos fracasos, mirando al absurdo y sin sentido de cada uno de ellos.

- **ponderar los pecados:** es como “pesarlos”. Por ejemplo decimos “lo que hizo fue muy gordo”: unos pecados “pesan” más que otros.
- **mirando la fealdad:** cuando alguien ha cometido un abuso, decimos: “eso estuvo muy feo”, y la fealdad nos echa para atrás.
- **y malicia:** el mal, el daño que provoca el pecado;
- **que cada pecado mortal** (gordo) cometido: no estamos hablando de lo malo que es el egoísmo, por ejemplo, sino verlo en un caso concreto, cayendo en la cuenta de las consecuencias que tiene (sufrimiento, necesidades, angustias, etc.);
- **tiene en sí, dado que no fuese vedado** (prohibido): una cosa es pecado, no porque esté prohibida, sino porque hace daño. Por otro lado, a veces hacemos cosas que “están bien” porque “las hace todo el mundo”, pero porque todo el mundo las haga no van a ser buenas.

Todo esto debe sensibilizarnos para sentir dolor y pena (petición) del mal que he hecho, no de mis remordimientos o de haber quedado mal.

Los tres puntos siguientes ayudan para caer en la cuenta de esta fealdad y malicia del pecado. En el 3º va a fijarse en la persona que comente el pecado; en el 4º en Dios, contra cuya bondad pecamos; y en el quinto en la naturaleza que destruimos con nuestra ambición y abuso.

Tercer punto: la persona que comete el pecado.

[58] 3º punto. El tercero: mirar quien soy yo disminuyéndome por ejemplos: primero, cuánto soy yo en comparación de todos los hombres; 2º, qué cosa son los hombres en comparación de todos los ángeles y santos del paraíso, 3º mirar qué cosa es todo lo criado en comparación de Dios: pues yo solo ¿qué puedo ser?; 4º mirar toda mi corrupción y fealdad corpórea; 5º mirarme como una llaga y postema de donde han salido tantos pecados y tantas maldades y ponzoña tan turpísima.

3º: Mirarme a mí mismo y compararme, y ver quién soy yo en medio del conjunto de todos los seres humanos y quién en medio de todo el universo, y también quién ante el misterio profundo de la vida, y verme allí deforme y desquiciado, como un grave foco de infección y de contagio o como un manantial envenenado.

Si en la raíz de todo pecado había una falta de respeto y no querer escuchar, poniéndome yo en el centro (soberbia)³, en este punto quiere S. Ignacio que veamos lo ridículo que es creerse “el mejor” (“El día que yo nací, nacieron todas las flores”). La persona orgullosa y creída nos da asco o nos resulta ridícula, mientras con la persona sencilla nos sentimos a gusto y confiamos en ella.

Cuarto punto: Dios contra cuya bondad pecamos

[591] 4º punto. El cuarto: considerar quién es Dios, contra quién he pecado, según sus atributos, comparándolos a sus contrarios en mí su sapiencia a mi inorancia, su omnipotencia a mi flaqueza, su justicia a mi iniquidad, su bondad a mi malicia.

4º Verme ante la generosidad y bondad de la naturaleza y de la vida, y recapacitar acerca de mis actitudes.

El pecado de Adán y Eva aparecía como un “querer ser como dioses” (de nuevo la soberbia). Pero es absurdo creernos como Dios, porque estamos llenos de **ignorancia, flaquezas** (somos débiles), **iniquidades** (injusticias y abusos) y malicias etc.

³ Ver páginas 168-170 de 1º Semana.

Quinto punto: La naturaleza que destruimos con nuestra ambición y abusos

[60] 5º punto. El quinto: exclamación admirative con crecido afecto, discurriendo por todas las criaturas, cómo me han dexado en vida y conservado en ella; los ángeles como sean cuchillo de la justicia divina, cómo me han sufrido y guardado y rogado por mí; los santos cómo han sido en interceder y rogar por mí, y los cielos, sol, luna, estrellas y elementos, fructos, aves, peces y animales; y la tierra cómo no se ha abierto para sorberme, criando nuevos infiernos para siempre penar en ellos.

5º: Contemplarme a mí mismo como con asco, perdido en la historia de la raza humana y en la totalidad del universo, y maravillarme de que me tolere no me haya destruido.

- **exclamación admirative = sorpresa** ante algo que no tiene sentido: vivimos de lo que nos rodea aire, agua, plantas, animales, etc. (la naturaleza), y nosotros con nuestros abusos y ambiciones la estamos destruyendo. Una cosa es usar respetando, y otra abusar destruyendo. (Leer Mateo 5, 45)

Coloquio de misericordia.

[61] Coloquio. Acabar con un coloquio de misericordia, razonando y dando gracias a Dios nuestros Señor, porque me ha dado vida hasta agora, proponiendo enmienda con su gracia para adelante. Pater noster.

Diálogo: Agradecer razonando la compasión y la tolerancia para conmigo, y proponer lo que será mi vida en delante.

Dijimos en la petición que el **dolor y lágrimas** que pedíamos eran las de Pedro, no las de Judas (culpabilidad). Por eso este comentario con Dios (**coloquio**) debe ser de:

- **misericordia: me** siento perdonado como sólo Dios puede perdonar. Jesús no le echa en cara a Pedro su fallo sino que le encarga que tenga cuidado de sus compañeros. Pedro, después de sus negaciones se siente más seguro de que Jesús no lo rechazará. Antes estaba seguro de sí mismo; después, de Jesús: "Tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero" (Juan 21, 17).

PRIMERA SEMANA

SEGUNDO EJERCICIO:
Historia de mis pecados

- **razonando y dando gracias a Dios nuestro Señor:** este sentirme perdonado, pudiendo empezar como si no hubiese pasado nada, me llena de alegría, dándole gracias a Dios.
- **porque me ha dado vida hasta ahora:** Dios quiere que nos recuperemos y seamos felices (leer Ezequiel 18, 23).
- **proponiendo enmienda con su gracia para adelante:** porque no he vivido mi fallo desde la culpabilidad (que hunde y destruye: Judas) puedo recuperarme y cambiar (enmienda), pero con la ayuda de Dios (con su gracia).

Para caer en la cuenta cómo Dios perdona, leer Lucas 15, 11-32.